

mentos clave de una teología integral de la persona del Padre y las vías por las que ha de avanzar en el futuro.

Ser origen del Espíritu Santo está ya en la plenitud fontal del Padre que engendra al Hijo. La fontalidad respecto al Espíritu Santo está en el Padre que es principio del Hijo. Pero el Padre ha de ser principio del Espíritu Santo en cuanto Padre. La gran cuestión radica en cómo hacer compatible que no es posible concebir la persona del Padre en su relación al Hijo sin la relación al Espíritu Santo de forma que se mantengan la irreductibilidad de los actos de generación y espiración y la identidad relacional del Padre constituido en cuanto tal por su relación subsistente. Durand ha situado con precisión y claridad las balizas de la reflexión de los teólogos. Su respuesta se centra en sostener que la procesión del Espíritu Santo nos manifiesta una forma de concebir la plenitud original del Padre que no se agota en la generación del Hijo. Por tanto, la tarea que se abre por delante consiste en profundizar en la identidad relacional del Padre.

Juan Ignacio RUIZ ALDAZ

---

**Juan Luis LORDA**, *Antropología teológica*, Pamplona: EUNSA «Colección de Manuales de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra», 2009, 568 pp., 15,5 x 23, ISBN 978-84-3132-642-5.

Con el nuevo libro del profesor Juan Luis Lorda, la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra ofrece a la comunidad científica y docente, así como a un número siempre creciente de estudiantes en España y en todo el mundo –o, más ampliamente, de lectores interesados por las ciencias sagradas–, el décimo séptimo de los volúmenes publicados en su Colección de Manuales de Teología. Han visto ya la luz casi la mitad de los treinta y siete programados en la Colección, y otros están ya a las puertas. Aunque aquí sólo nos dispongamos a redactar la reseña crítica del nuevo libro, no está de más mostrar la satisfacción que produce el desarrollo de ese proyecto intelectual y editorial, cuyos frutos son ya visibles en las bibliotecas de tantos Seminarios y centros de formación.

Los libros del prof. Lorda, como lo muestran sus frecuentes reediciones, son seguidos desde hace años por una significativa franja de lectores cristianos

cultos, entre los que destacan los directamente relacionados con el mundo universitario, eclesiástico y civil. El Autor ha logrado conjuntar en sus obras –en especial, si cabe, en las dedicadas a reflexionar sobre la visión cristiana del hombre– tres factores importantes, que no siempre se logran asociar con el equilibrio y la facilidad con que aquí los vemos: a) la detección de claves culturales significativas (son libros interesantes), b) una argumentación teológica seria y actual (son libros intelectual y pastoralmente útiles), y c) un estilo literario pulcro y sereno (son libros bien escritos).

El que ahora tenemos entre las manos reúne, sin duda, esas notas, pero destaca también, sobre todo, por otra, cuya enunciación podría quizás parecer obvia tratándose de un manual sobre la materia, pero que no siempre debe presuponerse. Es, en efecto, un libro *concebido para enseñar* antropología cristiana: un manual en el que tan importante es la exposición de contenidos como la forma de presentarlos. Lorda cultiva con el mismo gusto y habilidad el saber y la didáctica del saber. El manual resulta, en ese sentido, muy adecuado a las características docentes que hoy en día se suelen poner más de relieve, esto es, las que miran a fomentar la implicación activa del estudiante en el desarrollo de los temas tratados.

Desde el punto de vista sistemático, el Autor ha dividido el manual en cinco Partes, una de ellas con finalidad puramente introductoria (Parte I), y las cuatro restantes dedicadas respectivamente a cada uno de los grandes capítulos en que ha venido a concretarse la exposición de las claves de fondo de la antropología cristiana: el hombre, criatura a imagen de Dios (Parte II), el pecado original y sus consecuencias (Parte III), la participación del cristiano por medio de la gracia en la Vida de Dios (Parte IV), la conjunción de naturaleza y gracia en la persona y en su obrar (Parte V). La estructuración de la temática en esas cinco Partes y, sobre todo, la lograda conjunción entre ellas, otorga al manual del prof. Lorda una apreciable característica de novedad: no tiene precedentes. Los títulos elegidos para cada una de esas partes son ilustrativos de la temática tratada, pero también del modo que el Autor ha querido tratar teológicamente sobre ellos, en lo que hay una clara opción.

Vale la pena hacer un breve comentario sobre la Parte I: «Introducción», pp. 17-105, que responde perfectamente a su título. Contiene una presentación proporcionada de las fuentes bíblicas y de los desarrollos históricos de la doctrina antropológica cristiana desde sus orígenes patrísticos hasta el presente, esto es, hasta las enseñanzas de Juan Pablo II. El lector que quiera hacerse una idea primera del libro debe detenerse con atención en el contenido de las

pp. 19-25: el Autor expone en ellas brevemente su concepción del manual, según su doble perspectiva (su doble opción, cabría decir), sistemática y didáctica. Ambas son valiosas e interesantes, pero a nuestro entender, como ya hemos dejado, de algún modo, indicado, el manual se caracteriza (en el sentido de que se distingue) más por sus perspectivas didácticas que por sus opciones sistemáticas. Éstas son más comunes, aunque aquí las veamos tratadas de modo propio, mientras que aquéllas son más originales.

La más evidente manifestación de las perspectivas didácticas que el Autor ha querido adoptar, viene expresada por la aparentemente sencilla, pero a la vez trabajadísima, estructura que ha dado a cada una de las diversas Partes del libro, desde la II a la V, y más en concreto, dentro de ellas, a cada uno de los capítulos en que se dividen. Ahí es donde se aprecia el empeño intelectual y pedagógico de Lorda para facilitar a los alumnos del curso institucional el aprendizaje de la antropología cristiana básica. Bien es verdad, sin embargo, que esa misma repetida estructura organizativa de los capítulos, al ser distintos y de importancia desigual los temas estudiados en ellos, así como los fundamentos en que se apoyan, tendrá necesidad de la decisiva orientación del respectivo profesor, que ayude a valorar cada cosa en su medida oportuna.

La mencionada estructura de cada capítulo ha sido organizada en seis apartados: a) *Introducción*, b) *Afirmaciones cristianas*, c) *Cuestiones teológicas*, d) *Trabajos recomendados*, e) *Lecturas recomendadas*, f) *Bibliografía selecta de referencia*, cuyos contenidos son los siguientes:

a) En primer lugar, una brevísima *Introducción*, esencialmente indicativa de la temática que se va a tratar y del modo en que se hará.

b) El singular apartado que el Autor denomina *Afirmaciones cristianas* ofrece una enunciación anticipada de las convicciones de fe en el tema que se va a estudiar, seguida de una síntesis de la doctrina en que se apoyan (denominada *Fundamentos doctrinales*). Esta síntesis se encuentra dividida a su vez en tres concisos apartados: *Fundamentos bíblicos*, *Historia doctrinal* y enseñanza del *Catecismo de la Iglesia Católica* sobre el tema estudiado. La síntesis, quizás demasiado apretada, pide a nuestro entender un mayor discernimiento valorativo de cada uno de esos apartados (dar mayor peso al fundamento bíblico, y centrar algo más los hitos de la historia dogmática). Es uno de los aspectos en el que los estudiantes del manual habrán de recibir la oportuna orientación del profesor de la asignatura.

c) Las *Cuestiones teológicas*, desarrolladas a continuación, contienen una exposición completa, equilibrada y sustancial de los argumentos estudiados.

Lorda evita dar vueltas a los temas y va de prisa a lo que considera –con razón– verdaderamente importante. Las explicaciones logran, sin duda, una apreciable conjunción entre la temática antropológica clásica y las cuestiones actuales, en las que tan vivamente se establece hoy la confrontación teórica y práctica entre la comprensión cristiana del hombre y determinados sectores culturales. Aunque un manual no pretende ni puede ser una monografía o un ensayo teológico, debe tenerse también en cuenta que la formación básica pide, hoy como nunca, propuestas intelectuales atrayentes. Éste manual las ofrece, y para valorarlas será importante que el alumno pueda contar con la adecuada orientación del profesor.

El planteamiento del tema de la gracia, por ejemplo, es novedoso y, al mismo tiempo, perenne, porque está centrado en el misterio pascual (renovación en Cristo), con la donación del Espíritu Santo, la inhabitación y la renovación en Cristo. Hay también aspectos novedosos en el modo de tratar la relación naturaleza/gracia, en el planteamiento de la cuestión del alma, en la consideración de la estructura relacional de la persona humana y del amor, en los desarrollos sobre la inhabitación, sobre la teología de Palamas, sobre la teología de los dones, etc.

d) Debe ser destacada la agudeza y el interés formativo de las propuestas del Autor en el apartado que lleva por título: *Trabajos recomendados*. Es uno de los hallazgos didácticos del manual, no sólo por la variedad e importancia de las cuestiones recomendadas (sería muy ilustrativo, por ejemplo, ver reunidos en un solo elenco todas esas cuestiones), sino también por la razonable actualidad de los temas recomendados, tanto desde el punto de vista de las exigencias intelectuales como desde los horizontes de la misión evangelizadora en el tiempo presente.

e) Junto con el anterior cabe poner inseparablemente de relieve la utilidad del apartado: *Lecturas recomendadas*. Tras una selección de textos como ésa se adivina una extensa experiencia docente, así como también la reconocida capacidad de Lorda (sus libros son la mejor prueba) para poner al lector en conexión con las aportaciones en verdad importantes del pensamiento cristiano de todos los tiempos.

f) La afirmación que acabamos de hacer pide además ser prolongada para incluir en ella el último apartado de cada capítulo: la *Bibliografía selecta de referencia*. Ese conciso elenco de títulos (monografías y artículos de revista) responde perfectamente al enunciado: son obras selectas y de referencia en la materia. Es –permítaseme la expresión– literatura teológica formativa y seria.

Cuanto hemos señalado permite llegar a la conclusión de que nos encontramos ante uno de los manuales de antropología teológica más interesantes entre los que, en las distintas áreas lingüísticas, ofrece el mercado. El equilibrio entre ventajas e inconvenientes del libro queda claramente descompensado, a mi entender, a favor de las primeras. Los inconvenientes –si pudieran llamarse así– vienen en cierto modo obligados por la propia naturaleza del libro, que es sencillamente la de un manual para los que comienzan. Se privilegia en él la didáctica, se limitan los temas estudiados para no incidir en cuestiones más propias de otros manuales del primer ciclo de teología, se sintetiza el contenido de las fuentes, se circunscriben a sus grandes líneas los desarrollos históricos de la materia, etc. Pero el producto final es excelente.

El eje sobre el que se ha construido el manual –como señala el Autor al explicar el esquema del libro (cfr. pp. 20 y 22)–, dándole unidad interna, es el paso del hombre viejo al hombre nuevo. En ese sentido, son particularmente significativos los contenidos de las Partes II y III del volumen [*«Creados a imagen de Dios (naturaleza)»* y *«Las huellas del pecado»*, respectivamente], en cuanto ofrecen una exposición al mismo tiempo profunda y sintética de la teología de la imagen de Dios y del pecado original. En ambas realidades reveladas –la creación del hombre a imagen de Dios y la herida del pecado– radica el fundamento más básico de la visión antropológica cristiana, cuya plenitud se alcanza en la revelación del misterio del Redentor y de su obra, en cuanto victoria sobre el pecado, restauración de la imagen y elevación de la criatura redimida a la condición de hijo de Dios.

La teología de la *imago Dei* y la teología del pecado original son, pues, el presupuesto indispensable de la antropología cristiana, llamada hoy a desarrollarse con renovado impulso. Ambas encuentran abundante espacio de atención en el libro.

La teología de la imagen de Dios se halla presente en este volumen, en efecto, desde sus primeros desarrollos. Después de describir las dimensiones de la imagen en el AT (pp. 53-54), se presta especial atención a la doctrina antropológica neotestamentaria, centrada en la plenitud cristológica de la imagen, ofreciendo un buen resumen de la enseñanza de san Pablo al respecto (pp. 54-58). También se dedica a la misma temática un amplio resumen de la enseñanza patrística, dando importancia a la distinción de Ireneo entre imagen y semejanza, muy útil para el argumento de fondo del manual. Así mismo, en el prólogo a los temas del pecado (p. 285) y en el de la renovación en Cris-

to por la gracia (p. 355), se retoma explícitamente la cuestión, que seguirá luego latiendo a lo largo de todo el volumen. Se trata también por extenso en el manual de la realidad del pecado original, aunque no se haya querido entrar en la historia de los desarrollos dogmáticos y teológicos de la cuestión, que suelen ser estudiados en el tratado sobre la creación. Aquí el tema del pecado original es abordado más bien desde el punto de vista «existencial», mostrando sus efectos, dando el debido relieve al texto bíblico y a la doctrina de fe de la Iglesia. El planteamiento de fondo está inspirado en Santo Tomás de Aquino, que es citado por extenso. Se hace un análisis muy realista de las manifestaciones del pecado, de las rupturas que provoca y de la «esclavitud» que conlleva.

Se podrían continuar detallando aspectos interesantes del libro en sus restantes partes y capítulos, pero hemos de atenernos a los límites de una reseña, que nos aconsejan poner ya el punto final. Sólo queda, pues, dejar consignada una sincera felicitación al Autor por su oportuna y valiosa contribución a la enseñanza de la antropología teológica.

Antonio ARANDA

---

**Jean-Claude LARCHET**, *La vie après la mort selon la Tradition orthodoxe*, Paris: Cerf, 2004, 334 pp., 14,5 x 23, ISBN 2-204-06713-X.

Jean-Claude Larchet, nacido en 1949, doctor en filosofía (1987) y teología (1994), es en la actualidad uno de los estudiosos más relevantes de la Iglesia ortodoxa. Entre sus publicaciones, las más conocidas son los tres volúmenes que componen un estudio sobre la enfermedad y la curación en la tradición patristica –*Théologie de la maladie* (1991), *Thérapeutique des maladies mentales* (1992), *Thérapeutique des maladies spirituelles* (1997)– y sus tres tomos sobre S. Máximo el Confesor –*La Divinización de l'homme selon Saint Maxime Le Confesseur* (1996), *Maxime Le Confesseur, médiateur entre l'Orient et l'Occident* (1998), y *Saint Maxime Le Confesseur* (2003)–.

En el prólogo del libro que ahora nos ocupa, el autor expone la doble constatación que le movió a escribir una escatología: por una parte, la inquietud del hombre moderno ante la perspectiva de morir («sin duda el problema principal de la vida humana», p. 10); por otra, «el silencio incómodo de teó-